

PROMESAS

Nos vamos —dijo el Alfa.
Ox estaba de pie junto a la puerta, nunca lo había visto tan pequeño. Tenía la piel de debajo de los ojos morada. Esto no iba a acabar bien. Las emboscadas nunca acaban bien.
—¿Qué? —preguntó Ox, entrecerrando levemente los ojos—. ¿Cuándo?

—Mañana.

—Sabes que aún no puedo irme —dijo. Me toqué el cuervo del antebrazo y sentí el aleteo, el latido de la magia. Ardía—. Tengo cita con el abogado dentro de dos semanas por el tema del testamento. Además, está la casa y...

—Tú no vienes con nosotros, Ox —lo interrumpió Joe Bennett, sentado en el escritorio de su padre. De Thomas Bennett solo quedaban cenizas.

Vi el instante en el que las palabras le calaron. Fue salvaje y brutal, la traición a un corazón ya roto.

—Mamá y Mark tampoco. —Carter y Kelly se movieron, incómodos, a ambos lados de Joe. Hacía mucho, mucho tiempo que ya no formaba parte de la manada, pero hasta yo podía sentir cómo la vibración grave de la furia los recorría por dentro. No iba dirigida a Joe. Ni a Ox. Ni siquiera a nadie que se encontrase en esa habitación. La venganza les latía en la sangre, la necesidad de desgarrar con los colmillos y las garras. Ya se habían perdido en ella.

Y yo también. Pero Ox aún no lo sabía.

—Entonces te vas con Carter y Kelly.

—Y Gordo.

Y ahora lo sabía. Ox no me miró. Era como si solo estuvieran ellos dos en la habitación.

—Y Gordo. ¿A dónde?

—A hacer lo correcto.

—Nada de esto está bien —replicó Ox—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—Te lo estoy diciendo ahora —respondió Joe y... Ay, Joe. Tendría que saber que esa no era la...

—Porque te ves obligado a hacerlo... ¿A dónde iréis?

—A buscar a Richard.

Cuando Ox aún era un niño, el pedazo de mierda de su padre se marchó con rumbo desconocido sin siquiera mirar atrás. Ox tardó semanas en llamarme, pero lo hizo. Habló lentamente, pero percibí el dolor en cada palabra cuando me dijo «no estamos bien», que el banco iba a quitarles la casa en la que vivían en el viejo y familiar camino de tierra.

«¿Podría trabajar para ti? Es que necesitamos el dinero y no puedo dejar que perdamos la casa, es todo lo que nos

queda. Lo haré bien, Gordo. Haré bien mi trabajo y trabajaré para ti toda la vida. Iba a pasar de todas formas, así que, ¿podemos adelantarlo? ¿Podemos hacerlo ahora? Lo siento. Es que necesito empezar ahora porque debo ser un hombre».

Solo era un niño perdido.

Y en ese instante, el niño perdido había vuelto. Ah, claro, ahora era más grande, pero su madre estaba bajo tierra, su Alfa se había convertido en cenizas y su compañero, maldita sea, le clavaba las garras en el pecho y las retorció sin parar.

No hice nada para detenerlo. Era demasiado tarde. Para todos nosotros.

—¿Por qué? —Quiso saber Ox. La voz se le rompió a medio camino.

Por qué, por qué, por qué.

Porque Thomas estaba muerto.

Porque nos lo habían quitado.

Porque Richard Collins y sus Omegas habían venido a Green Creek, con sus ojos violetas brillando en la oscuridad, para enfrentarse al Rey Caído.

Yo hice lo que pude.

No fue suficiente.

Y aquí estaba su hijo, un niño pequeño que no tenía ni dieciocho años, cargando con el peso del legado de su padre, con el monstruo de su infancia hecho carne. Los ojos le ardían de color rojo porque solo podía pensar en la venganza. Vibraba a través de sus hermanos en un círculo interminable que alimentaba la furia del otro. Era un príncipe convertido en rey furioso, y necesitaba mi ayuda.

Elizabeth Bennett estaba callada, permitiendo que todo transcurriera delante de sus ojos. Siempre la reina silenciosa, con un chal sobre los hombros, contemplando el desarrollo de

esta maldita tragedia. Ni siquiera podría afirmar que estuviera allí de verdad.

Y Mark, él...

No. Él no. No ahora.

El pasado era el pasado, era el pasado.

Empezaron a discutir, enseñándose los dientes y gruñendo. Ida y vuelta, cada uno hiriendo al otro hasta que sangrara delante de los demás. Yo entendía a Ox: el miedo a perder a tus seres queridos, a una responsabilidad que nunca pediste. A que te digan algo que nunca quisiste escuchar.

Entendía a Joe. No quería hacerlo, pero lo entendía.

«Creemos que fue tu padre, Gordo», declaró Osmond. «Creemos que Robert Livingstone encontró otro camino hacia la magia y rompió las guardas que contenían a Richard Collins».

Sí. Creo que entendía a Joe mejor que nadie.

—No puedes dividir la manada —dijo Ox y, Jesús, estaba suplicando—. No ahora. Joe, eres el maldito Alfa, te necesitan aquí. Todos ellos. Debemos estar juntos. ¿En serio crees que los demás van a acceder a...?

—Lo saben desde hace días —lo interrumpió Joe, y luego se encogió en una mueca de dolor—. Mierda.

Cerré los ojos.



Ocurrió esto:

—Es una mierda, Gordo.

—Lo es.

—Y vas a seguirle el juego.

—Alguien debe asegurarse de que no se mata a sí mismo.

—Y ese alguien eres tú. Porque eres de la manada.

—Eso parece.

—¿Por decisión propia?

—Eso creo.

Pero, por supuesto, no era así de fácil. Nunca lo era.

Y:

—Quieres decir que lo vais a matar. ¿Te parece bien?

—Nada de todo esto está bien, Ox. Pero Joe tiene razón.

No podemos dejar que se lo haga a nadie más. Richard quería a Thomas, pero ¿cuánto tardará en dar con otra manada y convertirse en su Alfa? ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que reúna a más seguidores? Estamos perdiéndole el rastro. Tenemos que acabar con esto mientras podamos, por todos. Se trata de venganza, simple y pura, pero parte de una buena base.

—Lo crees de verdad.

—Quizá. Es lo que cree Joe, y a mí me basta con eso.

Me pregunté si me había creído mis propias mentiras.

Y finalmente:

—Debes hablar con él. Antes de iros.

—¿Con Joe?

—Con Mark.

—Ox...

—¿Qué pasa si no vuelves? ¿Realmente quieres que piense que no te importa? Porque estarías siendo muy egoísta, amigo. Me conoces, pero a veces creo que te olvidas de que te conozco igual de bien. Incluso un poco más.

Maldito sea.



Ella estaba de pie en la cocina de la casa de los Bennett, mirando por la ventana. Tenía los puños sobre la encimera. La tensión le recorría los hombros y la envolvía la pena como un velo. Aunque llevaba años sin querer saber nada de los lobos, no me había olvidado del respeto que imponía. Formaba parte de la realeza, lo quisiera o no.

—Gordo —dijo Elizabeth sin girarse. Me pregunté si, en ese momento, oía como los lobos cantaban canciones que hacía mucho que yo no podía oír—. ¿Cómo está?

—Enfadado.

—Es lógico.

—¿Lo es?

—Supongo que sí —señaló en voz baja—. Pero tú y yo somos mayores. Quizá no más sabios, pero sí mayores. Todo lo que hemos vivido, todo lo que hemos visto, esto es... algo más. Ox es un niño. Lo hemos protegido todo lo posible. Nosotros...

—Lo habéis involucrado en esto —dije sin poder contenerme. Las palabras salieron disparadas cual granada y le explotaron en los pies—. Si os hubierais mantenido alejados, si no lo hubierais metido en esto, él podría seguir...

—Lamento lo que te hicimos —dijo, y me invadió la emoción—. Lo que tu padre hizo. Él era... No fue justo. O correcto. Ningún niño debería pasar por lo que tú pasaste.

—Y, sin embargo, no hicisteis nada para detenerlo —le reproché—. Tú, Thomas y Abel. Mi madre. Ninguno de vosotros. Solo os importaba lo que yo podría ser para vosotros, no lo que implicaría para mí. Lo que mi padre me hizo no significaba nada para vosotros. Y cuando os fuisteis...

—Rompiste los lazos con la manada.

—La decisión más sencilla que he tomado en la vida.

—Noto cuando mientes, Gordo. Tu magia no puede ocultar el latido de tu corazón. No siempre. No cuando más importa.

—Malditos lobos. —Y continué—: Tenía doce años cuando me convertisteis en el brujo de la manada Bennett. Mi madre había muerto. Mi padre se había ido. Pero, a pesar de eso, Abel me tendió la mano, y la única razón por la que dije que sí fue porque no conocía otra cosa. Porque no quería quedarme solo. Tenía miedo y...

—No lo hiciste por Abel.

—¿De qué demonios estás hablando? —exclamé, entrecerrando los ojos.

Por fin se giró y me miró. Aún llevaba el chal sobre los hombros. En algún momento se había recogido el pelo rubio en una coleta y algunos mechones le caían alrededor de la cara. Los ojos le pasaban del azul al naranja y de vuelta al azul, aunque brillaban sin fuerza. Cualquiera que la mirase pensaría que, en ese momento, Elizabeth Bennett era débil y frágil, pero yo sabía que no. La habían acorralado, y ahí era cuando un depredador era más peligroso.

—No fue por Abel.

Ah. Ya veía por donde iban los tiros.

—Era mi deber.

—Tu padre...

—Mi padre perdió el control cuando le quitaron su lazo. Mi padre se alió con...

—Todos teníamos un rol que cumplir —dijo Elizabeth—. Cada uno de nosotros. Cometimos errores. Éramos jóvenes y tontos, y estábamos llenos de una furia enorme y terrible por todo lo que nos habían quitado. Abel hizo lo que pensó que era lo correcto en su momento. Al igual que Thomas. Ahora, yo estoy haciendo lo mismo.

—Y, sin embargo, no te has enfrentado a tus hijos. No has hecho nada para impedirles cometer los mismos errores que cometimos nosotros. Te has puesto boca arriba como un perro.

—¿Y tú no? —preguntó, sin morder el anzuelo.

Mierda.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué, Gordo? Tendrás que ser más específico.

—¿Por qué les permites ir?

—Porque nosotros fuimos jóvenes e imprudentes alguna vez, y llenos de una rabia enorme y terrible. Y ahora les ha pasado a ellos. —Suspiró—. Tú lo has vivido antes. Ya has pasado por esto. Pasó una vez. Y está pasando de nuevo. Confío en que evitarás que cometan los mismos errores que nosotros.

—No soy parte de la manada.

—No —confirmó, y no debería haberme dolido como me dolió—, pero esa es tu decisión. Estamos aquí por las decisiones que tomamos. Quizá tengas razón. Quizá, si no hubiéramos venido, Ox sería...

—¿Humano?

Un destello le atravesó la mirada.

—¿Thomas...?

Resoplé.

—No me contó absolutamente nada. Pero no es difícil darse cuenta. ¿Qué pasa con él?

—No lo sé —admitió—. Ni siquiera sé si Thomas lo sabía. No exactamente. Pero Ox es... especial. Distinto. Aún no se ha dado cuenta. Y quizá le lleve mucho tiempo hacerlo. No sé si es magia o algo más. No es como nosotros. No es como tú. Pero no es humano. No del todo. Es más que eso, creo. Que todos nosotros.

—Tienes que protegerlo. He fortalecido las guardas todo lo posible, pero tienes que...

—Es parte de la manada, Gordo. Haría lo que fuera por la manada. Me imagino que no te has olvidado de eso.

—Lo hice por Abel. Y luego por Thomas.

—Mentira —dijo, ladeando la cabeza—. Pero casi te lo crees.

—Tengo que... —murmuré, dando un paso atrás.

—¿Por qué no puedes decirlo?

—No hay nada que decir.

—Él te quería —dijo. Nunca la había odiado tanto como en ese momento—. Con todo su ser. Así somos los lobos. Cantamos y cantamos y cantamos hasta que alguien oye nuestra canción. Y tú la oíste. La oíste. No lo hiciste por Abel o Thomas, Gordo. Ni siquiera entonces. Tenías doce años, pero lo sabías. Eras parte de la manada.

—Maldita seas —dije con la voz ronca.

—Sé que a veces... —replicó, no sin amabilidad—, las cosas que más necesitamos escuchar son las que menos queremos oír. Quise a mi marido, Gordo. Lo querré toda la vida. Y él lo sabía. Incluso al final, incluso cuando Richard... —Se quedó sin aliento. Negó con la cabeza—. Incluso entonces. Él lo sabía. Y lo echaré de menos cada día hasta que pueda volver a estar a su lado, hasta que pueda mirarlo a la cara, esa cara preciosa, y decirle lo enfadada que estoy. Lo estúpido que es. Lo magnífico que es verlo de nuevo y que, por favor, diga mi nombre. —Tenía lágrimas en los ojos, pero no las derramó—. Me duele, Gordo. No sé si este dolor me dejará en algún momento. Pero él lo sabía.

—No es lo mismo.

—Solo porque tú no lo permites. Él te quería. Te dio su lobo. Y tú se lo devolviste.

—Tomó su decisión. Y yo tomé la mía. No lo quería. No quería tener nada que ver con vosotros. Con él.

—Mientes.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté, la voz impregnada de furia—. ¿Qué demonios quieres?

—Thomas lo sabía —repitió—. Incluso a punto de morir. Porque yo se lo dije. Porque yo se lo demostré una y otra vez. Me arrepiento de muchas cosas, pero nunca me arrepentiré de Thomas Bennett.

Se movió hacia mí, con pasos lentos pero seguros. Me mantuve firme, incluso cuando me puso la mano en el hombro y me lo apretó con fuerza.

—Te irás por la mañana. No te arrepientas de esto, Gordo. Porque si dejas palabras sin decir, te perseguirán hasta el fin de tus días.

Me rozó al pasar.

—Por favor, cuida de mis hijos —me dijo antes de salir de la cocina—. Los dejo en tus manos, Gordo. Si descubro que has traicionado mi confianza, o que te has desentendido mientras ellos se enfrentan a ese monstruo, no existe lugar en el que puedas esconderte, porque te encontraré. Te haré pedazos y el remordimiento que sentiré será mínimo.

Después se marchó.



Estaba de pie en el porche, contemplando la nada con las manos detrás de la espalda. Alguna vez había sido un niño con unos ojos azules preciosos como el hielo, el hermano de un futuro rey. Ahora era un hombre, endurecido por las asperezas del mundo. Su hermano ya no estaba. Su Alfa

estaba a punto de irse. Había sangre en el aire, muerte en el viento.

—¿Ella está bien? —preguntó Mark Bennett.

Porque, por supuesto, sabía que yo estaba allí. Los lobos siempre lo saben. Especialmente cuando se trata de su...

—No.

—¿Y tú?

—No.

No se giró. La luz del porche brillaba débilmente sobre su cabeza afeitada. Respiró hondo y sus hombros anchos se levantaron y cayeron. Me picaba la piel de las palmas.

—Es raro, ¿no te parece?

El mismo imbécil misterioso de siempre.

—¿El qué?

—Te fuiste una vez. Y aquí estás, yéndote de nuevo.

—Tú me dejaste primero —apunté, molesto.

—Y volví todas las veces que pude.

—No fue suficiente.

Pero eso no era del todo cierto, ¿verdad? Ni de cerca. Aunque mi madre llevaba muerta mucho tiempo, su veneno seguía sonando en mis oídos: «Los lobos hicieron esto, los lobos se lo llevaron todo, lo hacen porque esa es su naturaleza». «Mintieron», me dijo. «Como siempre».

—Lo sé —respondió.

—Esto no es... No he venido a empezar nada.

—Nunca lo haces. —Podía oír la sonrisa en su voz.

—Mark.

—Gordo.

—Vete a la mierda.

Se giró, por fin, tan apuesto como el día en que lo conocí, aunque por aquel entonces yo era un niño y no había sabido

lo que significaba. Era grande y fuerte, y sus ojos seguían siendo de ese azul helado, inteligentes y omniscientes. No tenía dudas de que podía sentir la furia y la pena que se agitaban en mi interior, por más que intentara bloquearlas. Los lazos entre nosotros llevaban mucho tiempo rotos, pero aún quedaba algo allí, por más que me esforzara en enterrarlo con todas mis fuerzas.

Se pasó una mano por la cara, enterrando los dedos en la barba. Recordaba cuando se la empezó a dejar a los diecisiete, le crecía de forma desigual y le hacía muchas bromas al respecto. Sentí una punzada en el pecho, pero ya estaba acostumbrado. No significaba nada. Ya no.

Casi me convencía de ello.

—Cuídate, ¿vale? —dijo, dejando caer la mano. Sonrió con frialdad y se dirigió hacia la puerta de la casa Bennett.

Y pensaba dejarlo ir. Iba a dejar que me pasara por el lado. Sería el fin. No volvería a verlo hasta... Se quedaría aquí y yo me iría, al revés de lo que había ocurrido aquel día.

Iba a dejarlo ir porque eso era lo más fácil. Para todos los días que vendrían.

Pero siempre había sido un estúpido en todo lo relacionado con Mark Bennett.

Estiré la mano y lo cogí del brazo antes de que pudiera dejarme.

Se detuvo.

Nos quedamos de pie, hombro con hombro. Yo me enfrentaba al camino que se extendía por delante. Él se enfrentaba a todo lo que dejaríamos atrás.

Esperó.

Respiramos.

—Esto no... No puedo...

—No —susurró—. Supongo que no puedes.

—Mark. —Logré escupir, luchando por encontrar algo, cualquier cosa que decirle—. Volverá... volveremos. ¿De acuerdo? Vamos a...

—¿Es una promesa?

—Sí.

—Ya no creo en tus promesas —declaró—. Hace mucho tiempo que no lo hago. Cuídate, Gordo. Cuida a mis sobrinos. Y luego entré en la casa y la puerta se cerró tras él. Bajé del porche sin mirar atrás.



Estaba sentado en el taller que llevaba mi nombre, con un pedazo de papel sobre el escritorio.

Ellos no lo entenderían. Los quería, pero podían comportarse como idiotas. Tenía que decirles algo.

Cogí un viejo bolígrafo barato y empecé a escribir.



Tengo que irme durante un tiempo. Tanner, te quedas a cargo del taller. Asegúrate de enviar las ganancias al contable. Él se ocupará de los impuestos. Ox tiene acceso a todas las cosas bancarias, personales y del taller.

Lo que necesites, se lo pides a él. Si necesitas contratar a alguien para ayudar con el trabajo, hazlo, pero no contrates a ningún imbécil. Hemos trabajado demasiado duro para llegar a donde estamos. Chris y Rico, ocupaos de las operaciones diarias. No sé cuánto tiempo estaré fuera, pero, por las dudas, cuidad los unos de los otros. Ox os necesitará.



No era suficiente.

Nunca sería suficiente.

Esperaba que pudieran perdonarme. Algún día.

Tenía los dedos manchados de tinta y dejé marcas en el papel.



Apagué las luces del taller.

Me quedé de pie en la oscuridad un rato largo.

Inhalé el olor a sudor, metal y aceite.



Aún no había amanecido cuando nos reunimos en el camino de tierra que llevaba a las casas que se encontraban al final del camino. Carter y Kelly estaban sentados en el todoterreno, observándome a través del parabrisas mientras caminaba hacia ellos con la mochila al hombro.

Joe estaba de pie en mitad del camino. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y las fosas nasales dilatadas. Thomas me había dicho una vez que, por ser un Alfa, estaba en sintonía con todo lo que estaba en su territorio. Las personas. Los árboles. Los ciervos que habitaban en el bosque, las plantas que se mecían con el viento. Lo era todo para un Alfa: una sensación de hogar profundamente arraigada que no se podía sentir en ningún otro sitio.

Yo no era un Alfa. Ni siquiera era un lobo. Nunca quise serlo.

Pero entendí lo que había querido decir. Mi magia estaba tan arraigada a este lugar como él. Era diferente, pero no tanto como para que importara. Él lo sentía todo. Yo sentía el latido del corazón, el pulso del territorio que se extendía a nuestro alrededor.

Green Creek estaba conectado a sus sentidos.

Y estaba grabado en mi piel.

Irse era muy doloroso, y no solamente por aquellos que dejábamos atrás. Existía una tensión física que el Alfa y el brujo sentían. Nos llamaba y nos decía *«aquí aquí aquí estás aquí aquí aquí quédate porque este es tu hogar este es tu hogar este es...»*.

—¿Siempre fue así? —me preguntó Joe—. ¿Para papá?

Miré el todoterreno de rojo. Carter y Kelly nos observaban con atención. Sabía que nos estaban escuchando. Volví la vista hacia Joe y su cara alzada.

—Creo que sí.

—Pero nos fuimos. Mucho tiempo.

—Él era el Alfa. No solo el tuyo. No solo el de tu manada. Sino el de todos. Y, entonces, Richard...

—Me secuestró.

—Sí.

Joe abrió los ojos. No brillaban.

—No soy mi padre.

—Lo sé. Y no debes serlo.

—¿Estás conmigo?

Vacilé.

Sabía lo que me estaba preguntando. No era formal, para nada, pero era un Alfa, y yo era un brujo sin manada.

«Cuida a mis sobrinos».

Le di la única respuesta posible:

—Sí.

Se transformó rápidamente: se le alargó la cara, la piel se le cubrió de pelo blanco, las garras surgieron de las puntas de sus dedos. Y cuando los ojos le ardieron en llamas, echó la cabeza hacia atrás y cantó la canción del lobo.